

con su bagaje de ensueños entonó con todos los vencidos de la vida las notas lúgubres del sufrimiento. Y besó las enmarañadas melenas de los niños anémicos, los labios descoloridos de las ramerías, las frentes rugosas de la ancianidad mendicante. Creyó con sus palabras de ensueño y de esperanza, llevar el bálsamo de la consolación a toda esa carne doliente de fábricas y prostíbulos, de cárceles y hospitales... Los llamó sus buenos hermanos, sus doloridos hermanos...

Y arrastrando esos andrajos, esos lúgubres desperdicios del trabajo y la iniquidad social, en caravana de agresivo vocerío, los lanzó como conciencias levantadas, olvidando que esos estrujados que sienten frío en las carnes y hambre en sus estómagos, no alimentan más ideal que el mendrugo. Y tomó las palmas que sus frases conquistaron, por explosiones conscientes, cuando llenó de mugres y de hedores las avenidas centrales, poblando el espacio de gritos rencorosos, encajando entre el lujo y la alegría una mancha de harapos y maldiciones.

Ese hálito de miseria y cobardía contagió su alma haciéndole saborear la amargura de las derrotas; cuando cansado de gritar sus rebeldes anhelos tuvo que replegarse al triste cuartucho frío y desmantelado; tristeza que más de una vez disipó con sus caricias la burguesa amante, ahuyentando con sus besos la sombra pavorosa de los sufrimientos.

Siempre fué un dolor erguido, y la multitud no concibe sino los dolores arrastrados. Supo levantarse y fué culpable. Soportó los denuestos con altivez, y fué proscrito; las lágrimas con que se amasan los dolores anónimos, no tuvieron el contingente de sus lágrimas y fué siempre extraño.

Es que hablaba desde la altura, y las multitudes exigen el cuchicheo de la confianza, la fraternidad de los hedores que rebajan y envilecen.

El dolor es como el agua bautismal de las elevaciones; y él forjó su carácter, señalando el verdadero camino, particularizándolo en un aislamiento que sublevó a los incapaces. Y fué odiado, porque fué temido. Ya que no pudieron calumniar su obra, calumniaron su vida. La ola ensobrecida de la emulación, ya que no pudo envolverlo y derribarlo, lo chicoteaba indignada como a aquellos promontorios de granito, contra los que en vano estrellan sus furiosas olas embravecidas del océano.

* * *

Sorelo salió del teatro antes de que terminara el concierto, mortificado y entristecido.

Al atravesar el pasillo de butacas, algo debió notar Rosa en él, que en la mirada angustiada e interrogadora que le dirigió a través de sus largas y temblorosas pestañas, reveló una opresión, acentuada por el temblor nervioso de sus labios.

En la puerta del teatro, Sorelo se detuvo. La excitación de que estaba poseído, le hacía ver distinto el aspecto de las cosas: la plaza desierta y enorme, las farolas inmensas. El viento helado de la noche sacudió sus carnes, haciéndolo estremecer.

Se puso en marcha. Le parecía que todo temblaba y gemía en las calles desiertas.

Y, caminando insensato llegó a la amplia plaza donde los «cines» ostentan la múltiple fulguración de sus letreros; y un ruido de vítores y palmas, lo hizo mirar indignado el lugar del bullicio.

—¡Ah!—dijo—esto es repugnante. Es el frenesí lúbrico de los degenerados que aplauden y babeán ante las contorsiones de las mujerzuelas semi-desnudas. Es el mismo público imbécil y sensual; cobarde y cruel! Carne y sangre: he allí el placer de estos cerdos, que palmotean hasta rabiarse al ver las carnes desnudas de las bailarinas, sudosas y fatigadas; carnes melladas en las noches múltiples de orgiásticas promiscuidades. Y estos son los mismos que sienten una fruición salvaje en las corridas de toros y piden delirantes más horrores, mientras el caballo huye espantado, pisoteándose las entrañas, perseguido por el toro; los que espían afebrados en el «coliseo» el apuñalamiento de los gallos, en informe confusión de plumas y de sangre... ¡Infelices! Ahora dan a sus ojos hartos de horrores, las figuras trepidantes, las convulsiones de la danza de obscena turbulencia, que alternando con las populacheras canciones de juerguistas afónicos, que han ascendido desde las ramadas de los corralones extra-urbanos hasta los escenarios de los teatros, como una manifestación apenante del gusto relajado, en un encanallamiento culpable... ¡Oh! ¡todo prostituido y maleado; todo evidenciando al pueblo que reverenciando absurdos, aplaude barbarismos, porque vive maniatado a todo lo depresivo y lo cruel; falto de los valores superiores que dignificando exaltan a la humanidad!

Y haciendo un gesto, enorme, como el asco que sentía, Sorelo continuó paso a paso.

En la desierta plaza resonaban las risas, los arrebatos, las lujurias que arrancaban las contorsiones lúbricas de las carnes de sollicitación y de pecado...

Y así, andando inconscientemente, se encontró frente al chalet de Rosa.

No se había repuesto de la especie de pánico que le causó el extraño incidente, cuando un carruaje se detuvo ante sus ojos asombrados y... Rosa y su esposo descendieron de él. Paralizado, vió penetrar a la pareja; asomarse ella y mirarlo fijamente a través de los cristales; salir luego al marido, tomar el coche, dar orden al cochero,—al club—y partir...

En el silencio del paseo, parecían flotar músicas infinitas, incomprensibles, extrañas. En la soledad fría y cadenciosa, una apasionada impaciencia dominaba a Sorelo,